

aquel distrito en 1793, y por último fué ejecutado en Brest con los demás administradores, después de la derrota de aquel partido en 21 de junio de 1794; mas no se sabe si reconoció sus errores al morir. Tantos golpes parecían haber arruinado para siempre a la Iglesia constitucional.

Las escenas terribles que hemos descrito pueden hacer juzgar de la situación, entonces tan deplorable, de un país poco antes tan floreciente y de un pueblo tan orgulloso de su civilización. Tal fué, dice el autor de las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (1), el resultado de las nuevas luces que se habían adquirido; tal fué el feliz desenlace de esa perfectibilidad de que aun se nos habla, de esas reformas que se habían pretendido hacer en la moral, y de esa soberanía del pueblo que nunca lo es sino del mas ambicioso ó del mas hábil. Los autores de tantos atentados, y esto es bien digno de notarse, fueron al mismo tiempo los mas violentos perseguidores de la Religión. Estos enemigos de la humanidad hicieron tambien una guerra implacable al cristianismo. Gloriosos, sin embargo, para la Religión haber tenido por enemigos y opresores a los mismos que lo eran del género humano, y de haber sido herido con los mismos golpes con que estos se proponían dar al traste con todas las instituciones sociales; y estos mismos hombres fueron los que en una proclama dijeron impudentemente que la virtud y la justicia estaban a la orden del día. Esta era la hipócrita expresión de aquellos tiranos, que bajo sus plantas holaban toda justicia y virtud; pero hay que tener presente que de tal modo habían desnaturalizado el lenguaje, que al bien le llamaban mal, y vice-versa; prodigaban el nombre de fanáticos a los que no participaban de su fanatismo; trasformaban la moderación en vicio y

la bondad en crimen; hacían escribir por todas partes las palabras: *Libertad é igualdad*, y la esclavitud y el despotismo estaban en su colmo: hablaban de moralidad, y ellos la pervertían; tributaban homenajes a la razón, y la ultrajaban con mil extravagancias.

Robespierre había leído en la Convención un largo informe sobre el medio de restablecer la moral, y había tenido a bien reconocer la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. En su consecuencia hizo decretar festividades públicas, que fueron consagradas a la naturaleza, al género humano, a la libertad, a la igualdad, a la república, al odio a los tiranos y traidores, a la verdad, a la justicia, al pudor, a la gloria, a la inmortalidad, al amor conyugal, al amor paternal, etc. Todos estos nuevos cultos, no menos insensatos que el de la Razon, debieron parecer a los hombres de aquella época amargas burlas ó sangrientos ultrajes: sin embargo, fueron admitidos sin oposición.

La festividad dedicada al Ser Supremo fué la primera que celebraron.

Una música pomposa y guerrera inauguró el 8 de junio de 1794 la sesión de la Convención, y en medio de los gritos del pueblo, Robespierre, que era el presidente, se puso en marcha hacia el jardín de las Tulierias a la cabeza de toda la asamblea. Por bajo de su sitial, colocado sobre un inmenso tablado, se fueron sentando los individuos de la Convención, como si le reconocieran por su soberano. Vestía este un traje a lo polaco, cuyo diseño había sido dado por David, y tenía un ramo de flores en su mano. Sobre un elevado estrado figuraban tres maniqués, representando el Fanatismo, el Poder Real y la Discordia (1). El presidente les aplicó una mecha encendida, y habiéndolos devorado las llamas

(1) *Histor. abreviada de la Constit. civil del clero de Francia*, p. 102-104.

(1) *Id. T. 3, p. 263.*

apareció, en vez del grupo que ellos formaban anteriormente, una estatua de Minerva: entonces Robespierre tomando la palabra apostrofó a la asamblea en un *sermón* republicano. «Ha vuelto ya a la nada, dijo, ese monstruo que el genio de los reyes había vomitado sobre la Francia; (desaparezcan con él todos los crímenes y desgracias del universo! Armados o alternativamente con los pañales del fanatismo y los venenos del ateísmo, conspiran constantemente los reyes para asesinar a la humanidad. Ya que no les es dado desfigurar a la divinidad por medio de la superstición para asociarla a sus maldades, se esfuerzan en desterrarla de la tierra para reinar solos en ella con el crimen. Pueblo! no temas sus sacrílegos complots! Tan imposible es que ellos puedan arrancar el mundo del seno de su Criador, como los remordimientos del fondo de su alma. Desgracia los! perdid, erguid vuestras abatidas frentes, todavía podeis levantar impunemente vuestros ojos al cielo! Heroes de la patria, y a esta generosa abnegación no es una brillante locura: si los satélites de la tiranía pueden asesinaros, no está ya en su mano el aniquilaros enteramente! Hombre, a nadie, quien quiera que sea, le es dado ya despojarte de los altos pensamientos de ti mismo: tú puedes ya enlazar tu caduca existencia con Dios mismo y con la inmortalidad! Vuelva la naturaleza a recobrar todo su esplendor, y la sabiduría todo su imperio! El Ser Supremo no ha sido aniquilado. La sabiduría es lo que principalmente quieren nuestros culpables enemigos arrojar de la república, y a la sabiduría es a quien compete consolidar la prosperidad de los imperios, y garantizarnos los frutos de nuestro valor: asociémosla, pues, a todas nuestras empresas. Seamos graves y discretos en nuestras operaciones, como hombres que tratan de los intereses del mundo; seamos ardientes y tenaces contra los tiranos

conjurados, imperturbables en el peligro, sufridos en los trabajos, terribles en los revulsos, compasivos con los desgraciados, inexorables con los malos, y justos para con todo el mundo. No contemos tampoco con una prosperidad sin amargura, ni con triunfos sin obstáculos, ni con todo lo que dependa de la fortuna ó de la perversidad de otros; no confiemos mas que en nuestra virtud y constancia, únicas, pero infalibles garantías de nuestra independencia. Destruyámosla impía coalición de los reyes: mas por la grandeza del nuestro carácter, que por la fuerza de nuestras armas, Franceses, combatiendo contra los reyes, os haceis dignos de honrar a la Divinidad. Y tú, Ser de los seres, autor de la naturaleza, el esclavo embrutecido, el vil representante del despotismo y el pérfido y cruel aristócrata te ultrajaba al invocarte; empero los defensores de la libertad pueden con fiadamente abandonar-se en tu seno paternal! Ser de los seres, no tenémos injustas peticiones que dirigirte: tú conoces a fondo las criaturas que son obra de tus manos, y tu mirada ve con tanta claridad sus necesidades como penetra en lo íntimo de sus pensamientos. El odio a la mala fé y a la tiranía hierva en nuestros corazones juntamente con el amor de la justicia y de la patria: nuestra sangre corre en beneficio de la humanidad. Esta es nuestra oración, estos son nuestros sacrificios, y este es el culto que te ofrecemos. Tal era la religión de aquella época: la hipocresía cubría sus sanguinarios decretos con las palabras de humanidad, de patria y de amor a la justicia. La mayor parte de los espectadores no habían asistido mas que para oír de boca del mismo Robespierre la orden de que se contuviera la efusión de sangre; mas esta esperanza fué cruelmente frustrada, pues el tirano anunció nuevos suplicios. La festividad fué celebrada en todas partes, hasta en las prisiones, y el mismo tribunal revolucio-

nario suspendió por lo menos aquel día sus homicidas operaciones, que hasta entonces no habían cesado; el impulso era tan violento, que solo una revolución completa podía ponerles término.

La mayoría de los jacobinos y hasta la de los individuos de la Convención estaban por Robespierre; pero el club de los *de la cuerda* ó franciscanos (1) y el comité de seguridad general figuraban en el número de sus enemigos; y este comité, compuesto de los más acalorados revolucionarios, tenía en sus manos todos los medios de una basta policía, y asestaba principalmente sus tiros contra los restos del clero. Robespierre, sin más objeto que el de oponerse á sus enemigos, emprendió y cosa increíble! la defensa de los eclesiásticos que el comité de seguridad se había propuesto exterminar hasta el último. Con esta intención habían inventado aquellos furiosos una conspiración de sacerdotes y de *fanáticos* fundada en las conferencias de una especie de loca, llamada Catalina Theos, con el cartujo D. Gerle, que también estaba muy lejos de haber conservado su buen sentido. Estando arreglada la conspiración, Vadier informó acerca de ella, y concluyó pidiendo en términos bastante claros el exterminio de todos los eclesiásticos. Robespierre redujo fácilmente esta conspiración á su justo valor, y todos los proyectos del comité quedaron desvanecidos.

Aunque entre tantos miserables que se mancharon en aquel tiempo por sus atrocidades, Robespierre es quien ha dejado el nombre más aborrecido, no faltan autores que opinan que los designios de este hombre tenían alguna analogía con los que posteriormente llevó á cabo Bonaparte, á quien no sin razón le han llamado *el Robespierre á caballo*.

(1) Temian esta denominación porque verificaban sus reuniones en un ex-convento de religiosos franciscanos ó *Frates de la Cuerda*.

El mismo Bonaparte creía, según dicen, que Robespierre había mostrado en su conducta más intención y consecuencia que lo que generalmente se cree; que después de haber desarmado las facciones contra que tenía que combatir, se proponía restablecer el orden; mas que no habiendo tenido fuerza bastante para contener la revolución, se vió arrastrado por el torrente, como todos los que antes que Napoleón concibieron semejante proyecto. Beaulieu y Michaud el joven (1) comparan á Robespierre con aquellos animales impuros que algunos pueblos de la antigüedad cargaban con todas las iniquidades de la nación. Según estos biógrafos, fué acusado, después de su caída, de todos los crímenes de sus cómplices y hasta de los de sus enemigos. Es un hecho que durante su ausencia de los comités, algunas semanas antes de su muerte, fué cuando el terror fué llevado al mayor esceso y las ejecuciones se multiplicaron con espantosa rapidez. También es constante que por su parte Robespierre intentaba en aquella época ponerles un término, resolución que merecía que á su generosidad se debe atribuir á su política; empero es probable que no fué derribado sino porque tardó en ejecutarla, y que si no se atrevió á anunciarla públicamente fué por temor de los que al fin le derribaron, y estaban preparados á acusarle de *moderantismo* á la menor ocasión que les hubiese dado. Estos mismos fueron los que le acusaron de sus crímenes, cuando le vieron en tierra. Sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que Robespierre, abandonado de repente, perdió su poder. El 27 de julio de 1794, llevó su cabeza al cadalso que él había inundado con la sangre de tantas víctimas: el pueblo, que había sido diezmado por él, le acompañó al suplicio con sus imprecaciones, y las circunstancias de su muerte llevaron el sello

(1) *Biografía universal*, art. *Robespierre*.

de una venganza harto merecida. Juntamente con él perecieron muchos de sus cómplices.

La caída de Robespierre, dicen las *Memoorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII* (1), puso por lo menos un término á las multiplicadas ejecuciones que fatigaban la mano de los verdugos. La Convención entró al parecer poco á poco en un sistema menos cruel. Fueron saliendo insensiblemente de las prisiones una multitud de ciudadanos que estaban esperando su hora postrera. Cometiéronse menos injusticias; pero se hicieron muy pocas indemnizaciones y se dejó subsistir todo aquel aparato de leyes atroces, producidas por el despotismo y la impiedad. Continuó la Religión gimiendo proscripta y sus ministros tardaron mucho en ver abrirse las puertas de los calabozos, donde vivían muriendo, y que según las intenciones de sus enemigos debían servirles de tumba.

Por lo demás, no se crea que la Francia entera inclinó su cabeza bajo la hacha de sus tiranos. Hubo protestas armadas, cuyo objeto, particularmente en la de los realistas del Oeste, era defender la santa causa de la Religión al mismo tiempo que la causa del trono. Aquí nos serian necesarios los pinceles que trazaron el recuerdo del heroico caballerismo de la edad media; porque ciertamente fué un verdadero y heroico caballerismo la decisión de aquel pueblo de gigantes por la fé religiosa y política de sus padres. Entre ellos se había conservado el fuego sagrado para honor de la Francia; pues cuando las demás provincias no habían conservado de sus antiguas virtudes casi más que el ardor guerrero, los franceses del Oeste, cuya conciencia miraba con repugnancia las innovaciones del cisma y de la revolución, se honraban con su lealtad en conservar el depósito de las antiguas tradiciones. Allí eran mirados con desprecio los clérigos juramentados; los compradores de bienes nacionales,

y los hombres que mostraban afán porque se ejecutaran las nuevas disposiciones, y ya desde el año 1794 existía un proyecto de sublevación en Bretaña. El descontento, después de haber estado fermentando sordamente durante dicho año y el siguiente, estalló á principios de 1793 con motivo de una cuota considerable para el ejército. Las comarcas de la Bretaña y del Anjou, que caen al mediodía del Loire, así como la parte limitrofe del Poitou, tomaron las armas bajo la dirección de gefes, que por la mayor parte eran caballeros del mismo país, y dieron principio á una guerra larga y variada, en la que los bellos rasgos de valor, de generosidad y de abnegación, hacen olvidar el horror de las represalias, y la lealtad, moderación y disciplina de más de un general realista permiten echar un velo de olvido sobre los desmanes de algunos otros. Las miras nobles y santas que animaban á los vendeanos eran atestiguadas por las virtudes que practicaban sus soldados. Sometidos á una rigurosa disciplina, obedecían á unos hombres llenos no menos de piedad que de valor. Jamás se oyó una blasfemia en sus campamentos ni entraron en combate sin haberse preparado por medio de la oración.

La Vendée venció por de pronto á varios generales que fueron enviados contra ella. Habiendo atravesado su ejército en setiembre de 1793 el Loira, á consecuencia de haber sufrido algunos percances, trató de apoderarse de un puesto que le pusiera en comunicación con los ingleses y le permitiera recibir socorros extranjeros (1). Pero la expedición fracasó delante de Granville, y habiendo sido atacada á su regreso en Mans por las tropas republicanas, quedó completamente derrotada, pudiendo decirse que menos fué un combate que una carnicería. Se asesinó á sangre fría, después de la batalla, á las mugeres y hasta

(1) *Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII*, t. 3, p. 256.

(1) *Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII*, t. 3, p. 256.

dos niños que seguían al ejército, sin perdonar su furor á los enfermos ni á los heridos. Una ley atroz habia declarado *fuera de la ley* á los habitantes de aquel país, y por sucesivos decretos se habia mandado la devastacion de los pueblos y la traslacion de las mugeres y niños á otras provincias. Generales llenos de ferocidad aumentaban el cúmulo de aquellos horrores y daban rienda suelta á la crueldad del soldado. El tránsito de las tropas republicanas quedaba marcado con los suplicios y la desolacion. Esta barbarie pareció haber tomado mas incremento despues de la accion de Mans. Los desgraciados realistas, errantes por todas partes, eran sacrificados sin distincion de edad ni de sexo. Mil y quinientos, que en Savenay rindieron las armas gritando *viva la nacion!* fueron igualmente fusilados. Por espacio de ocho dias se continuó fusilando los restos de aquel ejército, y los verdugos se cansaron de contar mas bien que de asesinar á sus víctimas, cuyos cadáveres quedaron hacinados para acusar á la vez su ferocidad y su indolencia. Estas sangrientas escenas pusieron fin á lo que se llamaba la *Grande Vandée*. Algunos de sus gefes pudieron escapar á duras penas, y de mas de sesenta mil individuos que habian pasado el Loyra, apenas volvieron á repasarlo cuatro mil despues de la derrota. En el número de estos se contaba el abate Bernier, párroco de Saint-Laud de Anjers, que ejercia mucha influencia en el partido realista, sirviéndolo durante algun tiempo con mucho celo, y que con otros eclesiásticos habia formado parte del Consejo superior formado en Chatillon.

Bien diferente suerte le cupo al presidente de este Consejo: justo castigo de las intrigas con que este desgraciado habia conseguido engañar á la religiosidad de los vandeanos. Gabriel Guyot, ó Guillot de Foleville, vicario ó párroco de Dol en Bretaña, prestó por de pronto juramento á la constitucion civil del clero; luego se retractó, pasó á Paris y de

alli se refugió durante la guerra de la Vandée en casa de uno de sus parientes en Poitiers. Entonces fué cuando para darse mas importancia fingió ser obispo de Agra, y enviado por el Romano Pontífice á las diócesis del Oeste con el título de vicario apostólico, añadiendo haber sido consagrado en San German por obispos no juramentados en mayo de 1793. Cuando el ejército vandeano ocupaba la ciudad de Thouars, fué hallado por unos paisanos vestido de soldado dentro de una casa. Habiéndoles dicho que era sacerdote, y habia sido incorporado por la fuerza á un batallon de Poitiers, les pidió que le condujeran á la presencia de uno de los comandantes del ejército: hicieronlo, en efecto, presentándole á un oficial que, por haber sido condiscípulo suyo, le conoció al momento. Sin embargo, el abate de Foleville le repitió la fábula de su episcopado. Propusieronle entonces que se adhiciese al partido vandeano, y por último vencieron la repugnancia que manifestaba. Habiendo sido presentado al estado mayor, se vió en la necesidad de desenmascarar su impostura ó sostener el papel que se habia propuesto representar. El primer paso estaba ya dado. El ejército vandeano, que habia tomado el título de católico, acogió con placer á un eclesiástico que suponian revestido con aquel carácter. Al recibir los soldados su bendicion no hicieron mas que inflamar nuevamente su ardor para combatir contra los que derribaban los altares. Habiendo llegado este fraude á oídos de Pio VI, hizo saber por medio de un breve de 31 de julio de 1793 á los gefes vandeanos, que el supuesto obispo de Agra les habia engañado. Esto sucedió precisamente cuando los vandeanos, vencidos y derrotados, redoblaban sus marchas para escapar de su persecucion. Dícese que el abate Bernier, sospechando la supercheria, habia escrito á Roma para informarse. Los generales, por no infundir nuevo desaliento en el religioso corazón de sus sol-

dados, tuvieron por conveniente no hablar sobre el asunto; mas el impostor no tardó en conocer, por el modo con que aquellos generales le recibian, que su embuste habia sido descubierto; desde entonces apareció poseido de una profunda tristeza, pero con tranquilidad y valor. Siguió sin embargo todavia en el ejército vandeano, se encontró en el ataque de Granville, y pasó el dia corriendo por las filas, exhortando á los soldados, alentando á los heridos, prodigándoles todos los auxilios de la Religion, aventurándose á todo el fuego de los enemigos, y deseando acaso recibir alguno de sus tiros. No se separó de los restos de aquel bizarro y malhadado ejército hasta que fué enteramente derrotado. Despues de haber andado errante algun tiempo, fué arrestado y conducido á Angers donde le reconocieron por el que se titulaba obispo de Agra, por haber oficiado de pontifical en esta ciudad cuando la ocuparon los vandeanos. «Eres tú el obispo de Agra?» le preguntaron.—«Yo soy,» respondió á quien se llamaba así. Habiendo sido condenado á muerte, subió al cadalso el 6 de enero de 1794 con resignacion, y murió con grandes sentimientos de piedad. Su falta no tiene disculpa; pero en vista de su conducta singular debè conocerse que solo el deseo de darse alguna importancia le sugirió aquella impostura. Tampoco puede decirse que fué traidor, ni espía; pues supo morir con constancia por la causa de la Vandée; por otra parte, él habia inventado su episcopado antes de pensar en ir á este país. Los que han supuesto que no fué mas que un cura fanático que escitaba los vandeanos á la matanza, no han hablado así sino por espíritu de partido, pues su carácter dulce y humano era opuesto á la violencia. No hubo menos mala fé en decir que los generales vandeanos fueron cómplices de aquel fraude que no se inventó sino para ejercer mayor influencia en el ánimo del paisanaje; y es tener muy poco conocimiento de aquellos héroes cristianos el suponerles ca-

paces de burlarse de semejante modo de la Religion. Por otra parte, aquellos generales que tanta abnegacion mostraban, no tenian desgraciadamente plan fijo para el porvenir, y su política no podia llegar á concertar un plan que requiriese la autoridad de un solo gefe, pues esta autoridad era igual entre todos.

Muchos de estos generales fueron tambien privados de la vida como el supuesto obispo. Entonces fué cuando Nantes presenció las mas repugnantes atrocidades (1). El abominable Carrier señaló su comision con espionages, detenciones, encarcelamientos y matanzas. Cincuenta y ocho sacerdotes enviados de Nevers á Angers y de aqui á Nantes perecieron ahogados, nuevo género de suplicio inventado por aquel representante, y sobre el que se atrevia á chancearse en sus comunicaciones oficiales. Cuatro principales ejecuciones de este género quedaron comprobadas en su proceso, resultando haber mutilado ó fusilado en una de ellas á ochocientas personas de todas edades y sexos, porque el buque tardaba en irse á pique. Una comision militar juzgaba de ciento cincuenta á doscientos vandeanos por dia, habiendo sido ejecutados cerca de tres mil en un mes. En un prado de cerca de Angers fueron pasados por las armas mil doscientos. Del mismo modo fueron tratados en Noirmoutier dos mil realistas que se habian entregado á discrecion, llevando á su cabeza á Elbee que era uno de sus gefes. Sacerdotes, mugeres y niños fueron ametrallados y pasados por las armas: aquel desdichado país quedó regado de sangre.

Solamente algunos gefes procuraban continuar luchando contra el partido republicano: sabidos son los nombres de Charette, de Stofflet y de algunos otros generales realistas. El abate Bernier era el consejero de este último, Pasóse todo el año 1794 en perseguirlos, sin

(1) *Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 757-258.